



*Lección Bíblica para la Escuela Sabática
04 de Diciembre 2021*

10 – BIENAVENTURADOS LOS QUE NO VIERON, Y CREYERON

*Estudio de la semana: Juan 20: 29
Pr. Bernardino de Vargas Sobrinho*

TEXTO BASE

“[...] Bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (Juan 20:29).

INTRODUCCIÓN

Amados hermanos, Dios le ha dado a Su Iglesia la feliz oportunidad de reevaluar las enseñanzas bíblicas sobre las Bienaventuranzas que se encuentran en el Sermón del Monte.

En lo que va del cuarto trimestre hemos estudiado ocho bienaventuranzas divididas en nueve. De hecho, los estudios con los que el Señor ha agraciado a Su Iglesia describen el carácter de los herederos del Reino de Dios, así como los principios que gobiernan la conducta de los salvos en Cristo.

De hecho, aprendemos acerca de la humildad, el llanto bendecido, la mansedumbre, el hambre y la sed de justicia, la misericordia, un corazón limpio, los arquitectos de la paz (pacificadores) y la persecución por causa de la justicia.

Hemos aprendido que las Bienaventuranzas no pueden calificarse de virtudes y/o aptitudes naturales que configuran la identidad de una persona. Más bien, son dones, dotes o dones espirituales que resultan de una vida transformada y comprometida con Dios.

En pocas palabras, todo el mundo tenía claro que las virtudes descritas en esta primera parte del Sermón del Monte no se refieren a características o predicamentos de una persona no regenerada. Pero son verdaderos dones espirituales. Así, por ejemplo, cuando el comentarista de la lección se refiere a

la bienaventuranza de los *“humildes de espíritu”*, está, de hecho y en verdad, aludiendo a aquellos que reconocen de corazón que son *“pobres”* en el sentido de que no pueden lograr ningún bien espiritualmente relevante sin la ayuda del Espíritu Santo. En otras palabras, los *“pobres de espíritu”* son aquellos que reconocen que no tienen ningún poder en sí mismos que los habilite para hacer lo que Dios espera de ellos.

Y no podría ser diferente, seamos sinceros. Seguramente el Hogar de los salvos les pertenece, ya que de él quedan excluidos los soberbios y arrogantes, llenos de justicia propia.

Pues bien. En resumen, las bienaventuranzas del Sermón del Monte pueden describirse como un cuadro del carácter de los sujetos del Reino establecido por Jesús. Sí, porque esa es una verdadera descripción del carácter de Cristo mismo. No es exagerado decir que los salvos deben mirar siempre a sí mismos, es decir, reflejar a Jesús. El autor de la Epístola a los Hebreos nos desafía: *“puesto los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios”* (Hebreos 12:2 – **énfasis del autor**). Y Pablo es categórico al afirmar: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Corintios 3:18 – **énfasis del autor**).

Sin duda, Cristo es nuestro ejemplo perfecto. Es en Él a quien siempre debemos reflejar. Pablo fue un imitador de Cristo. Y, en esta condición, tuvo la audacia de desafiar a la Iglesia a copiarlo en la imitación de Cristo. Pablo nunca se presentó a sí mismo como un modelo de vida. Su enfoque siempre fue *“hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (Efesios 4:13). De hecho, esta declaración es tan verdaderamente bíblica que el apóstol de los gentiles, al discutir el ideal de perfección, con absoluta franqueza y transparencia, exclamó: *“hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago; olvidando ciertamente lo que ha quedado atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Filipenses 3:13-14 – **énfasis del autor**).

Con esta convicción y determinación de tener a Cristo como nuestro espejo, incluso porque, *“El que dice que permanece en Él, debe andar como Él anduvo”* (1 Juan 2:6), avanzaremos en el análisis de esta palpitante bienaventuranza incrustada en el Evangelio según Juan.

Pasemos, pues, al análisis del decreto de felicidad total dirigido a *“[...] los que no vieron, y creyeron”*.

ENTENDIENDO EL CONTEXTO EN EL QUE FUE PRESENTADA ESTA BIENAVENTURANZA

Sin duda, en el estudio de esta semana enfatizamos la bendición prometida por Cristo a quienes cultivan la verdadera fe, es decir, a quienes han creído sin haberla visto.

En los comentarios que siguen, destacamos el don de la fe. En el Antiguo Testamento encontramos la declaración: “[...]; *mas el justo por su fe vivirá*” (Habacuc 2:4b). Y el apóstol Pablo, refiriéndose al texto del profeta Habacuc, escribió: *“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”* (Romanos 1:17). Ver, aún, Gálatas 3:11; Efesios 2:8; y Hebreos 10:38, 39.

Ahora bien, al mencionar el tema FE, no pretendemos discutir aquí su definición, sino aclarar, más allá de toda duda, que la fe genuina no es sinónimo de optimismo, ni de pensamiento positivo. Tampoco se puede confundir la fe con la superstición.

De hecho, la verdadera fe es mucho más que una mera creencia y/o una mera aceptación intelectual. Se trata, por tanto, de una confianza total y absoluta en Aquel que es *“el autor y consumidor de la fe”* (Hebreos 12: 2).

Por lo tanto, tenemos el desafío de reflexionar sobre la declaración muy clara del autor de la Epístola a los Hebreos, cuando exhorta: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios”* (Hebreos 11:6).

Dicho esto, pasemos ahora al contexto en el que se pronunciaron las palabras contenidas en el texto base: “[...]: *Bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (Juan 20:29).

De hecho, las personas que vivieron en las mismas regiones y en los mismos tiempos bíblicos que vivió Jesús fueron muy privilegiadas, ya que las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento encontraron su pleno cumplimiento en la vida y obra de Jesucristo.

A partir de ahí, podemos imaginar, por ejemplo, el privilegio del que gozaron quienes presenciaron a Jesús calmar la tormenta en el Mar de Galilea. Tanto es así, que el texto sagrado declara: *“Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: verdaderamente eres Hijo de Dios”* (Mateo 14:33). Y más: *“Y los espíritus inmundos, al verle, se postraron delante de Él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios”* (Marcos 3:11). Basados en la revelación bíblica, podemos dar completa libertad a la imaginación y vislumbrar diferentes escenarios de la poderosa vida terrenal de Jesús. Es importante destacar aquí el episodio que involucra a Natanael, cuando testificó: “[...]: — *Rabí, Tú eres el Hijo de Dios; Tú eres el Rey de Israel*” (Juan 1:49).

Observe que, en estos y otros ejemplos de las Escrituras, el propósito de Dios era presentar a Sus hijos (primero, de aquella época, pero también de nuestros días) evidencias sólidas sobre la cual basar nuestra fe. De hecho, es la Palabra de Dios la que dice: *“Hizo además Jesús muchas otras señales en*

presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en Su Nombre” (Juan 20:30, 31).

Así, para una mejor comprensión del texto base, se nos desafía a meditar sobre el episodio expuesto en la narración de los evangelios de Marcos y de Juan, en el que Jesús, después de su resurrección, se aparece primero a María Magdalena y en una segunda instancia, el Señor Se presenta a los diez discípulos. Ocho días después de esto, el Salvador se les vuelve a aparecer a los discípulos, pero la diferencia es que esta vez, junto con ellos, estaba Tomás.

Ahora bien, todo estudiante de las Sagradas Escrituras sabe que Tomás no creía que Jesús hubiera resucitado. Ésta es, por tanto, la razón por la que el Maestro se le acerca, en los siguientes términos: “[...]: — *Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.*” (Juan 20:27).

No se puede afirmar, ya que no ha sido revelado y, por esta razón, es debatible y controvertido, sobre cuándo se habría producido la conversión de Tomás, ya sea en ese momento o si en una ocasión anterior no registrada en detalle en la Biblia. Pero, una cosa se puede decir: ¡en ese momento, al menos, tuvo lugar una restauración de vida!

Sí. De hecho, creemos que Tomás estaba imbuido de un espíritu de adoración muy profundo del Dios verdadero (Jesús es verdadero Dios), hasta el punto de que, postrado, expresó la siguiente declaración: *“Entonces Tomás respondió y le dijo: ¡Señor mío, y Dios mío!”* (Juan 20:28).

Cabe señalar que fue en este contexto que Jesús pronunció las palabras que forman nuestro texto base: “[...]: *Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (Juan 20:29).

Cuando se habla del cap. 20 del Evangelio de Juan, el pastor *Warren W. Wiersbe* lanzó la siguiente reflexión:

“Juan no sería capaz de terminar su libro sin traducir el milagro de la resurrección a la realidad de sus lectores. No debemos envidiar a Tomás y los otros discípulos como si no pudiéramos experimentar el poder de la resurrección de Cristo en nuestras vidas hoy. Precisamente por eso Juan escribió este Evangelio, para que la gente de todas las edades supiera que Jesús es Dios y que la fe en Cristo trae vida eterna.

No es necesario 'ver' a Jesucristo para creer. Sin duda fue una bendición para los primeros cristianos ver a su Señor y saber que estaba vivo, pero eso no los salvó. No se salvaron por ver, sino por creer. Todo el Evangelio de Juan enfatiza la fe y hace alrededor de cien referencias a la fe en Jesucristo.

Hoy, Cristo ya no es visible, por lo que no podemos verlo realizando los mismos milagros (señales) descritos por Juan en su libro. Sin embargo, el registro de estos hechos está a nuestra

disposición, y eso es todo lo que necesitamos. *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Romanos 10:17: y nota 1 Juan 5: 9-13). Quien lee el relato de Juan se encuentra cara a cara con Jesucristo, observando de cerca cómo Él vivió, lo que dijo e hizo. Toda esta evidencia apunta a la conclusión de que Él es verdaderamente el Hijo de Dios encarnado, el Salvador del mundo”.¹

La exhortación del Señor Jesús en el diálogo con Tomás, en el versículo anterior (Juan 20, 27b), debe hacernos detener a pensar. En la versión oficial de nuestra Escuela Bíblica Sabática – RV 1960 dice: *“[...] y no seas incrédulo, sino creyente”*.

En NVI es: *“Y no seas incrédulo, sino hombre de fe”*.

En la Biblia judía, es: *“No tengas poca confianza, ¡confía!”*

En la paráfrasis de la Biblia "El mensaje", por el pastor *Eugene Peterson*, es: *“No seas no creyente. ¡Cree!”*

UNA PROFESIÓN DE FE SOBRE LA DIVINIDAD DE JESÚS

En cuanto a la adoración reverente manifestada por Tomás, es oportuno hacer un breve comentario teológico. Aquellos que niegan la divinidad de Jesús traducen Juan 20:28 como diciendo que Tomás sólo *“rindió homenaje a Jesús”*. El texto sagrado en Juan 20:28 es categórico al demostrar que el discípulo incrédulo adoró a Jesús. Este escenario, por tanto, constituye una más de las muchas evidencias de la divinidad de Cristo.

Tenga en cuenta que la revelación bíblica es inconfundible al establecer que solo a Dios pertenece la adoración del ser humano. Así, por ejemplo, cuando el apóstol Juan, en la isla de Patmos, después de encontrarse con Cristo, recibió más tarde la visita de un ángel y quiso adorarlo, tal iniciativa fue rápidamente rechazada. Confirme: *“Yo me postré a sus pies para adorarle. Y él me dijo: Mira, **no lo hagas**: yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. **Adora a Dios [...]**”* (Apocalipsis 19:10 – **énfasis del autor**).

Asimismo, en Apocalipsis 22: 8, 9 se repite la escena. Vamos a ver: *“Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, **me postré para adorar a los pies del ángel** que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, **no lo hagas**; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro, **Adora a Dios.**”* (**Énfasis del autor**).

Evidentemente, la postración llena de reverencia y el profundo espíritu de adoración que el apóstol Juan quiso dar al ángel fue en el mismo tenor que el que ofreció Tomás a Cristo. Y Cristo aceptó la adoración de Tomás. En este

¹ WIERSBE, Warren W. **Comentarios Bíblicos Expositivos: Nuevo Testamento. Vol. 1**, Editora Geográfica, Santo André/SP, 1ª ed., 6ª impressão, 2012, p. 510.

caso, nos quedamos con solo dos posibles conclusiones: o Jesús es el Dios verdadero o es un falsificador arrogante.

Que Dios permita, que tu convicción de fe sea la misma que expresó el apóstol Pedro cuando se enfrentó al Señor mismo en la región de Cesarea de Filipo. Revisa el texto e imagina la escena: *“Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿Quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Mateo 16:13-16).

Recomendamos prestar atención a las palabras del pastor *Hernandes Dias Lopes* cuando, sin énfasis en el original, dijo:

“La fe no es necesario ver para creer; la fe cree y por eso ve. Estoy de acuerdo con Charles Erdman cuando dice que aquí tenemos no solo la culminación de la fe, sino también el clímax del evangelio. Luego, Juan deja en claro que su objetivo, al producir este libro, era llevar a los lectores a exactamente la misma fe en Cristo. Si una persona verdaderamente escéptica como Tomás está convencida de la resurrección de Jesús, nadie se quedará sin excusas. Si Jesús resucitó de hecho, podemos concluir, como Tomás, que Él es divino. Si Jesús permitió que Tomás lo adorara como Dios, debemos entregarnos a Él en adoración y amor, lo cual fue probado por Su resurrección como 'Dios verdadero de verdadero Dios'”²

Reiteramos nuestra convicción de fe de que Cristo es Dios. La teología sistemática enseña que la revelación de Dios se da **(i) de manera natural** y **(ii) de manera especial**. En resumen, la revelación natural se puede verificar en la naturaleza, es decir, en las obras de la Creación, pero también de manera especial, es decir, Dios manifestándose de forma directa a los seres humanos.

Con respecto a la **revelación natural**, vea la declaración de David en el Salmo 19: *“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”* (verso 1). Vea también la declaración de Pablo en Romanos 1:19-21: *“Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido”* **(énfasis del autor)**.

² LOPES, Hernandes Dias. *Comentarios Expositivos Hagnos. Juan: Las Glorias del Hijo de Dios*. Editora Hagnos, São Paulo/SP, 1ª ed., 2ª reimpressão, 2015, p. 499.

Estos versículos bíblicos, por lo tanto, nos llevan a darnos cuenta de que Dios se revela con suficiente claridad en el mundo natural. De hecho, las obras de la creación, estructuradas con tanta complejidad y adornadas con una belleza peculiar, proclaman inequívocamente una Inteligencia Superior - Creadora y Sustentadora - que los creyentes en Cristo y Su Palabra llamamos Dios.

¿Y la **revelación especial**? ¿Cómo lo entendemos?

En este caso, desde Génesis hasta Apocalipsis, encontramos a Dios comunicándose de diferentes maneras con el hombre caído que busca salvarlo. Pero, el texto bíblico con mayor claridad en este sentido, que nos llama la atención, está aquí en la Epístola a los Hebreos. Leamos atentamente: ***“Dios habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”*** (Hebreos 1:1-3, **énfasis del autor**).

En otras palabras, amada Iglesia, Cristo Jesús es la forma más completa de la revelación especial de Dios. Y más. Cristo se convirtió en uno de nosotros. Sí, vino como un humano. Era 100% (cien por ciento) Dios y 100% (cien por ciento) hombre. De hecho, al respecto, el apóstol Pablo escribió: ***“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo; haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.”*** (Filipenses 2:5-11).

Afirmamos alto y claro que Jesús es Dios y que Él es la expresión exacta del ser de Dios.

Consideremos ahora la nota a pie de página tomada de la Biblia de estudio de NAA referente a Juan 20: 28:

*“La confesión de Tomás de Jesús como su **Señor** (gr. Kyrios) y **Dios** (gr. Theos) establece un vínculo literario con las referencias a Jesús; en el prólogo como Dios (Juan 1: 1 - 18). Este es uno de los textos más fuertes del NT sobre la deidad de Cristo (ver Juan 1: 1). Algunas sectas intentan negar esta clara afirmación de la divinidad de Jesús argumentando que la declaración original de Tomás fue solo una exclamación de*

*asombro que en realidad tomó el nombre de Dios en vano. Sin embargo, tal explicación es inconcebible, dadas las fuertes convicciones judías de la época y porque no es consistente con el texto, que dice explícitamente que Tomás pronunció estas palabras a Jesús (**respondió**). La declaración de Tomás es, de hecho, una condición clara de su fe renovada en Jesús como su Señor y Dios. El gran propósito de Juan al escribir este libro es que todos los lectores lleguen a confesar a Jesús como su Señor y Dios de la misma manera que lo hizo Tomás”.³*

A esta altura, parece oportuno que cada creyente bautista del séptimo día responda las siguientes preguntas por sí mismo:

- ¿Quién es Jesús para mí?
- ¿Qué significa Él en mi vida?
- ¿Cuál es el alcance de Su Señorío en mi vida diaria?

CONSIDERACIONES FINALES

Como señalamos al comienzo de este estudio bíblico, no hay otra manera ni ningún otro nombre por el cual sea importante que seamos salvos, excepto a través de Jesucristo y Su obra redentora en la cruz del calvario. *“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12).

Hemos visto, además, que los bienaventurados son los que se apropian de esta salvación por gracia mediante la fe. El texto bíblico no deja lugar a dudas cuando, por cierto, dice: *“Porque **por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe**”* (Efesios 2:8, 9 – **énfasis del autor**).

Cada día deberíamos pasar algún tiempo meditando en Cristo Jesús, Su carácter, Su vida y obra. Después de todo, ¡Él es nuestro ejemplo perfecto! Y más. Es por Su contemplación que somos transformados. Confirme en la Palabra inspirada: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Corintios 3:18).

Por tanto, la fe que nos lleva a contemplar a Cristo hace que seamos iluminados. Y, en esa condición, no caminaremos en tinieblas. Con esto, afirmamos que la fe no es, como algunos proclaman, un salto a la oscuridad, sino que al contrario, que se centra en el *“Sol de justicia”, Jesús, “el autor y consumidor de la fe”*.

¡Que nuestra fe en Jesús se fortalezca día a día!

³ COLLINS, John C., PACKER, Joseph I. y Otros. **Biblia de Estudio NAA — Nova Almeida Atulizada**. Nota de referencia a Juan 20:28. Sociedade Bíblica do Brasil – Barueri/SP, 3ª ed., 2017, p. 1.956.

¡Dios nos bendiga! ¡Amén!

PREGUNTAS PARA COMPARTIR EN CLASE

- 1.) ¿Qué lecciones podemos sacar de la incredulidad de Tomás?
- 2.) ¿Cuál es la relevancia de la declaración de fe de Tomás? ¿Cómo ha afectado el señorío de Cristo la vida del creyente bautista del séptimo día?
- 3.) Presentar tres argumentos teológicos basados en la Biblia a favor de la divinidad de Jesús.
- 4.) Discuta en clase con fundamento bíblico la declaración: *“Cristo Jesús es la forma más completa de la revelación especial de Dios”*.

Pr. Bernardino de Vargas Sobrinho - Autor – Curitiba-Pr/Brasil
Pr. Eduardo Marambio Albornoz – Traducción / Revisión – Santiago/Chile
Pr. Manuel Marambio Torres – Edición – Santiago/Chile